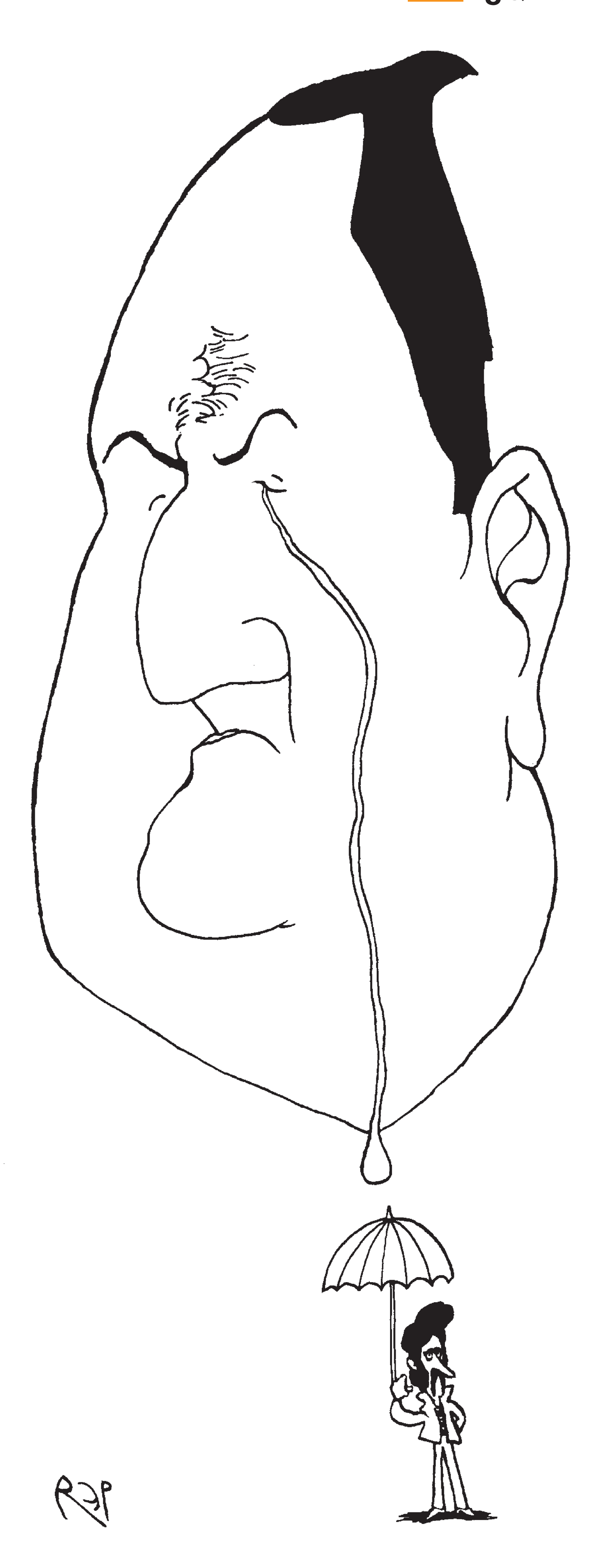
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

106 ¿Quién mató a Rucci?



Suplemento especial de
Página|12

¿USTED QUIERE QUE ME PASE A MÍ LO QUE LE PASÓ A ALLENDE EN CHILE?

Era un cañonazo dirigido a Perón, a la centralidad misma de su proyecto. No era casual lo de la foto del primer regreso. Sí, era cierto: Perón venía a cobijarse bajo el paraguas de Rucci. O Rucci era el encargado de cobijar al general, de cuidarlo, seguirlo, respaldarlo con toda la fuerza de eso que se daba en llamar *el movimiento obrero organizado*. Lo hemos dicho: el sindicalismo era la gran creación histórica del peronismo. Así, sin duda, lo sentía Perón. A él no podía indignarlo la acusación de *burócratas* que los jóvenes arrojaban sobre los dirigentes. ¿Qué es un burócrata? Alguien que cuida su puesto y representa, no a la clase obrera, sino a sí mismo. Alguien que siempre negocia con las clases propietarias. Que negocia con el régimen, pero no quiere cambiarlo. Bien, Perón no estaba muy lejos de esta última modalidad. En términos más duros o más amigables, siempre había negociado con el régimen. En sus mejores momentos (sus primeros años: 1946-1952), le quitó al régimen mejoras sustanciales para los obreros. El régimen jamás las habría otorgado. Pero sería aventurado (y siempre lo será) afirmar que alguna vez quiso cambiar el régimen. Perón nunca quiso ubicarse fuera del sistema capitalista de producción. Buscó humanizarlo. *Humanizar el capital.* Para esto (aun en 1973 y tal vez especialmente en 1973) necesitaba más a Rucci que a Tosco. (Luego veremos las polémicas entre Rucci y Tosco.) Cuando los montos asumen el asesinato de Rucci (25 de septiembre) pasaron apenas *dos semanas* del golpe en Chile. Perón había sido muy claro sobre eso. No bien ocurrió dijo que había que parar la mano. Recordemos esa frase que ya hemos citado (deliberadamente: si la citamos antes es para que trabajara con tiempo en la conceptualización del lector y, al llegar a este punto, ya estuviera madura la posibilidad de su recepción): "Hay tontos o malintencionados que están gritando que quieren esto, que quieren lo otro, que la revolución; inclusive uno de ellos me dijo: 'Señor, hay que hacer la revolución', y yo le contesté: '¿Usted quiere que me pase a mí lo que le pasó a Allende en Chile?'. Todo consiste en que no les demos el gusto". No lo iba a hacer. Perón no tenía ninguna simpatía por Allende. Tampoco por el proceso chileno de la vía pacífica al socialismo. Le parecía un suicidio. Le parecía, también, una vanidad, una vanagloria del propio Allende. Ya veremos el trato que se les dará a los refugiados chilenos en la Argentina. ¿En qué creía Perón? En la organización sindical peronista. Y Rucci era el exacto modelo de dirigente que la encarnaba. Para el general, la frase "sólo la organización vence al tiempo" se basaba en la organización sindical. Los Montoneros querían creer que se refería a la organización del pueblo. No, ésa era la interpretación que la juventud peronista había hecho. Pero esa interpretación era parte del Perón que fue necesario inventar para que el *entrismo* fuera posible y luchar por el socialismo desde el movimiento mayoritario, desde la *identidad política* de la clase obrera argentina. Para Perón, la organización se daba en la estructura sindical. Una de las frases más fuertes, mejor construidas que larga en su regreso es la de "la primacía del tiempo sobre la sangre". Es tan buena que León Rozitchner la emplea para titular su valioso ensayo: *Perón, entre la sangre y el tiempo: Lo inconsciente y la política*. (Nota: A pesar de mi admiración por esta obra de León, no la utilizo pues no puedo penetrar en ella a causa de mi rechazo por el freudismo aplicado a la política. Mis relaciones con "lo inconsciente" tampoco son buenas. Me llevo mejor con el sujeto o la conciencia. Pronto voy a explicitar detalladamente la metodología que utilizo. Cierta vez, un amigo psiquiatra le dijo a mi mujer: "Ustedes funcionan bien como pareja porque su inconsciente requiere lo que el de él necesita dar". María Julia le preguntó: "¿Y el amor?" No quiero refutar la teoría del inconsciente con esto, pero sí algunos de sus abusos. Además, la pregunta tenía un hálito romántico-existencial que siempre me deslumbró.)

LA PRIMACÍA DEL TIEMPO SOBRE LA SANGRE

Esa frase –la primacía del tiempo sobre la sangre– Perón la empleó (quiero decir: no la expresó directamente, sino que le dio un uso preciso en un par de cuestiones que buscaba aclarar) en una de sus conferencias en la CGT: "Las luchas violentas consumen sangre, pero las organizaciones permiten ahorrar esa misma sangre. En cambio, necesitan tiempo para realizarse (...) Pero cuando no se tiene una organización y no se dispone de una masa organizada y adoctrinada, el expediente no puede ser sino violento, para ser empleado en la lucha. Pero cuando se dispone de esas organizaciones y existe un adoctrinamiento de fondo, es mucho mejor emplear el tiempo, ahorrando la sangre, que en la lucha suele derramarse casi inútilmente". Todo esto era totalmente falaz. Lo que Perón le estaba diciendo a la Jotapé (porque casi siempre se dirigía a ella, aun cuando les hablaba a los sindicalistas) era: "Nosotros no queremos hacer la revolución que ustedes piden. Ustedes son zurdos, son marxistas. Quieren cambiar *todo* el sistema. Para eso se necesita sangre. Necesariamente hay que matar. Porque es cierto eso que se les dice a los enemigos de la violencia: los capitalistas nunca van a entregar lo suyo sin pelea. Si ustedes lo quieren ahora y lo quieren todo tiene que haber sangre. Una revolución sangrienta. Nosotros no queremos eso. Primero, no queremos cambiar el sistema. Queremos mejorarlo en beneficio de los obreros. No queremos que los obreros tomen el poder, queremos que puedan beneficiarse de él. Queremos un poder más generoso, más compasivo, más protector. Que los cuide. Que los cubra. Un poder que impida que haya sumergidos en el país. Para eso necesitamos tiempo, no sangre. Tenemos que negociar largamente con los que poseen el poder. Para negociar tenemos que fortalecer nuestras organizaciones. Esas organizaciones, al servicio del pueblo, lucharán por conseguir de los capitalistas mejoras constantes para los obreros, a quienes representamos. Por eso, mi dirigente sindical perfecto es el compañero Rucci. Porque es un peleador. Porque enfrenta a la patronal. Pero no para destruirla. Para conseguir ventajas a los suyos. No es un loquito que se llena la boca con la lucha de clases y el socialismo. No es como Tosco. El socialismo ya fracasó en la Unión Soviética. Y los peronistas nunca fuimos partícipes del marxismo. Somos cristianos. Somos humanistas. Rucci sabe lo que yo quiero: un capitalismo humanizado. Pero no el reemplazo del capitalismo. Dentro de él estamos seguros. Sólo hay que lograr otorgarle primacía a su espíritu benefactor. Los zurdos nunca van a entender eso. Ustedes tienen que cambiar. Entender de una vez por todas qué es el peronismo". O sea, la falacia era la de siempre. Que con el tiempo se habría de conseguir lo mismo que con la sangre. Que sólo era cuestión de sabiduría y paciencia. El tiempo iba a dar lo mismo que la sangre, pero más lentamente y con ahorro de vidas. El mismo esquema que el de apresurados y retardatarios. Que los dos iban hacia el mismo fin. Unos más rápido, otros más lentamente. No, los apresurados quieren otra cosa que los retardatarios. Y los que piden la lucha a muerte contra el capitalismo tampoco quieren lo mismo que los que postulan el tiempo, la negociación, la bondad del poder y no su destrucción, o el asalto a su fortaleza, quitársela, darla vuelta y hacer una sociedad nueva, como habían enseñado todos los grandes y verdaderos revolucionarios de la historia. Con el tiempo no se va al mismo lado que con la sangre. La sangre busca una cosa y el tiempo otra. "No nos venga con el versito del tiempo, general", decían –en los hechos– los Montoneros. "No hay tiempo. El hambre y la pobreza y la explotación no tienen tiempo. Hay que luchar ahora o nunca. El tiempo es la excusa de los burócratas. Tiempo para eternizarse en sus sillones de oro. Tiempo para robar. Tiempo para negociar los intereses de la clase obrera. La sangre ahorra tiempo y es lo único que el enemigo entiende. Porque es el método que él emplea. ¿O quién tiene el Ejército y la Policía y la Gendarmería? ¿Por qué cuando hay una manifestación combativa la cagan a palos? ¿Eso qué es? ¿Sangre o tiempo? ¿Nos persiguieron y nos llenaron de cadáveres durante dieciocho años y ahora que estamos en el Gobierno les vamos a dar tiempo? ¿Y la teoría del primer mes? ¿Qué pasa? ¿Ya lo tomamos al poder? ¿Usted nos toma por pelotudos? En serio, general: ¿por eso nos toma? Bueno, vea: jodasé. A su amigo Rucci, a ese macartista, a ese matazurdos, le vamos a aplicar una metodología totalmente distinta de la que usted pregona: la primacía de la sangre sobre el tiempo." Y le tiraron por la cabeza el fiambre del Petiso. Para Perón, fue un golpe terrible. Tanto, como lo fue su reacción.

"FUIMOS NOSOTROS"

Pero también fue un golpe terrible para la militancia. Muchos habían empezado a pensar seriamente eso de la primacía del tiempo sobre la sangre. En términos políticos era: la primacía de la política sobre los fierros. Sobre el militarismo de las Orgas. De la *erre* (ERP) y de la *eme* (Montoneros). ¿Qué importaba si Perón les daba a los burócratas más manija de la que merecían o más bola de la que habrían tolerado con simpleza los militantes de izquierda? Había que aguantar. Ya cambiaría. Entre tanto, había que seguir con el trabajo de base. Más aún después de la jornada electoral del 23 de septiembre. Analicemos sus resultados:

Frente Justicialista de Liberación (Perón-Isabel Perón): 7.359.139 (61,85%).

Unión Cívica Radical (Balbín-Fernando De la Rúa): 2.905.719 (24,2%).

Alianza Popular Federalista (Francisco Manrique-Rafael Martínez Raymonda): 1.450.998 (12,9%).

Partido Socialista de los Trabajadores (Juan Carlos Coral-José Francisco Páez): 181.474 (1,52%).

Era un triunfo aplastante. Era, en las urnas, la voluntad del pueblo. No podía estar más claramente expresada. O se aceptaba que el "pueblo peronista" había ido a las urnas y había votado así porque eso era exactamente lo que quería o se estaba en medio de una burbuja de ideología errabunda. Que no sólo no tenía asidero en las masas, sino en la mismísima realidad. Creo que ya se usaba esa frase que tanto se usa hoy: la de la "nube de pedos". Que ahí está el que no tiene contacto alguno con la realidad. Bien, ahí –*en una nube de pedos*– estaba cualquier grupo, por genial o heroico que se creyera, que atinara a desconocer ese dato contundente de la contundente realidad. Es más: nadie, en toda la historia argentina, había ganado por un mayor margen de votos. Hubo una tangible sensación de alivio en todo el país: ahora se viviría en democracia. El Viejo gobernaría con toda su sabiduría política rodeado de los dos pilares que había elegido: un judío en economía y un sindicalista facho pero leal al frente de la CGT. Habían prometido un *Pacto Social*. Era el Pacto CGT-CGE. Sobre ellos, conduciendo, el veterano caudillo, el hombre al que el pueblo había esperado durante 18 años. Y todos los demás sectores con ganas de ayudar. Nadie estaba muy entero como para ponerle piedras en el camino al proyecto. La oposición política había sido ampliamente derrotada. Los militares, en sus cuarteles. De socialismo ni hablar: Allende había caído en Chile y, con él, los proyectos ligados a la Cuba de Castro. Sólo había que ponerse a trabajar. Hacerlo en medio de las contradicciones lógicas de todo orden social, pero mediadas ahora por una voluntad democrática que todos habían manifestado por medio de las urnas. Juro que –esa noche del 23 de septiembre– se respiró con serenidad, se pudo dormir bien, la vida pareció menos fría, menos dura y la muerte más lejana.

A sólo *dos días* de esta esperanza, de esta visión clara de un futuro posible y abarcante que beneficiara a todos, uno de los elementos fundamentales del proyecto de Perón era asesinado cruel y espectacularmente. El diario *Crónica*, en su edición vespertina, ofrecía una detallada descripción del operativo, la primera. Así la transcriben Anguita y Caparrós: "Por seguridad, Rucci solía dormir en distintos lugares y siempre llevaba una custodia de casi veinte personas. Esa noche la había pasado en la casa de una cuñada: a las 12 y 20, varios coches se pararon el la puerta del departamento y Rucci salió para subirse a uno de ellos, un torino rojo manejado por su chofer, Abraham Muñoz. En ese momento le dispararon desde la vereda de enfrente, un escopetazo que le dio en el pecho. Y en seguida le tiraron desde la terraza de un colegio contiguo y de una casa en alquiler que estaba del otro lado de la calle. El fuego era cruzado y muy nutrido. Rucci quedó tirado en el pavimento y sus custodios se tirotearon varios minutos con los agresores que, al final, consiguieron escaparse. José Ignacio Rucci recibió 23 balazos y murió en el acto" (Anguita-Caparrós, *ob. cit.*, tomo 3, p. 317).

Para colmo, empieza a llegar esa frase caída del cielo o arrojada desde el infierno. Les llega a todos los militantes. *Fuimos nosotros*. Nosotros éramos todos. Era, sin más, la juventud peronista. Que era inmensa, inabarcable. Había médicos en comisiones internas de hospitales. Psicólogos que organizaban casas de terapia para familias humildes, que atendían gratis a los jubilados, a los que no tenían trabajo. Ingenieros como Héctor Abrales que estaba con Rolando García en el Consejo Tecnológico Peronista. Los pibes que laburaban en las villas. Los que hacían fuerza en los sindicatos, los de la JTP. Los villeros, en quienes la Tendencia tenía más penetración que en los sindicatos dominados por la vieja burocracia. Los actores. Los escritores. Qué sé yo. Medio mundo estaba en la "gloriosa Jotapé". Una organización político-militar había logrado "hegemonizarla". "Hegemonía" es un concepto muy complejo y tiene muchas lecturas pero, en este caso, se entendía como *conducción*. De acuerdo, la Jotapé estaba "conducida" por Montoneros. ¿Implicaba esto "formar parte" de esa organización? Muy pocos lo entendían así. La organización seguía siendo un misterio para los militantes. Firmenich era un nombre, nadie lo conocía. Se lo había visto por primera vez en la cancha de Atlanta. O lo conocían los jóvenes de las unidades básicas a las que había ido a dar charlas. Se había apoyado su lucha junto al pueblo peronista para traer a Perón, se había apoyado su eficacia militar (la violencia era un valor de la época: se pensaba en el Che, en Vietnam), se valoraba su actitud de "guardar los fierros" con la llegada de la democracia. Pero el colectivo "nosotros" desbordaba por completo a la Orga. Esto era casi inconsciente. Muchos no tenían claro que ellos y la Orga formaban un "nosotros". "Ellos" eran parte de la Jotapé, la Orga también. Pero eran muy distintos. Unos actuaban en superficie, jamás habían agarrado un fierro. Los otros eran –decían ser y blandamente se les aceptaba– el "brazo armado del pueblo". Es cierto –y esto lo veremos mejor– que toda una tribuna de la cancha de Atlanta le pidió a Firmenich que a Rucci le pasara lo mismo que a Vandor. Pero: 1) Los de esa tribuna eran seguramente cuadros de superficie de la Orga; 2) Habría que poner en duda si había una correspondencia de hierro entre cantar esa consigna y exigir que se llevara a cabo. Era una consigna "dura". Los momentos duros generaban consignas duras. También –en las afueras del restaurante Nino, mientras Perón, adentro, negociaba con los políticos de "La Hora del Pueblo"– la militancia se obstinaba en repetir una y cien veces, a toda voz: "Cinco por uno, no va a quedar ninguno". Era una amenaza. No lo que se iba a hacer. La amenaza requería una consigna "dura". (Para mí, ésa era especialmente desagradable.) Que existía, en la Jotapé, una alta valoración de la violencia como elemento del cambio social, por supuesto. Eran esos los vientos que soplaban. Sin embargo, todos los jóvenes trabajaron con entusiasmo ejemplar durante la campaña para las elecciones de septiembre que llevarían a Perón por tercera vez a la presidencia. Desde *La Opinión* se los comparó con los jóvenes franceses de mayo del '68.

EL DESFILE DEL 31 DE AGOSTO FRENTE A LA CGT

Perón –para tener a la Jotapé junto a él en esa campaña– había hecho un acto de unidad del movimiento. Fue el 31 de agosto. La misma fecha en que dio ese discurso del "cinco por uno" en 1955. Todos desfilaron ante él. En el balcón de la CGT se veía a un Perón más sonriente que nunca (que aguantó, además, siete horas y media saludando a los manifestantes, algo que llevó a todos la convicción de su buen estado de salud), a Isabelita, al infaltable López Rega y a José Ignacio Rucci, el dueño de casa. No fue un acto de la CGT. Terminó por ser otra fuerte demostración de la masividad de la Tendencia. Demoraron –de tantos que eran– una eternidad en desfilar frente a Perón. No pareció molestarle al líder. Al contrario: saludó a los jóvenes a lo largo de todo el tiempo que los tuvo bajo su mirada amable, complaciente. Roberto Perdía confiesa: "Esa movilizacion a la CGT (...) en lo personal la viví como una especie de 'revancha' de Ezeiza. Podía ser insuficiente, pudiera ser que el contexto fuera totalmente indeseado, pero... Perón estaba ahí. Poco importaba quiénes lo acompañaban en el palco. Estaba alcance de la mirada. Sentí que podía decirle, gritarle, que a pesar de todo estábamos allí. Eso tenía el sabor de lo único e irrepetible (...) En ese momento no me importó si había una explicación racional a ese sentimiento donde convivían el cariño y el respeto, con la broca y la frustración. Durante segundos, instantes que encierran una vida, simplemente grité. Grité, me desahogué... hasta quedar vacío. Esa marcha pareció reverdecer esperanzas, pero fue una ilusión que duró pocos días. Los sucesos posteriores disolvieron esas expectativas y todo quedó en una anécdota para la crónica de los tiempos" (Perdía, *ob. cit.*, p. 193. Aclaro que elimino los constantes saltos de renglón o de bloque narrativo a los que recurre Perdía por medio de infinitos puntos y aparte. Entrego –sencillamente– su necesaria unidad a un texto que debe formar un solo bloque. A veces me tienta suprimir sus puntos suspensivos, pero cierto respeto me detiene. Además, cuando escribe: "Grité, me desahogué... hasta quedar vacío", seamos francos: ¿no se dejan ganar por la eficacia del mecanismo que emplea? Grita, se desahoga. Y aquí: puntos suspensivos. Una pausa. ¿Qué vendrá? La gran línea de cierre: "hasta quedar vacío". ¿No los emocionó ese pasaje? ¡Qué escritor! Bueno, no tiene por qué serlo. No creo que lo pretenda).

Dos días después me encuentro con un compañero. Era un pibe bárbaro, un buenazo. Era el dueño de la librería Trilce, que estaba a una o dos cuadras de la Facultad de Filosofía y Letras cuando aún permanecía en Independencia. Su mujer era una chica menuda, de tez oscura, inteligente. Él estaba exultante. La manifestación del 31 lo había dado vuelta.

–Oíme, no lo puedo creer. Cuando pasé frente al palco estaría a unos quince metros de Perón. Y le grité: "Hay una sola Jotapé". ¡Se lo grité casi en la cara!

En 1977, Miguel me cuenta que "se lo llevaron". Que "se lo chuparon".

–Qué loco estaba, pobre. Los vecinos dicen que se puso a gritar: "¡Sí, soy marxista! ¡Soy marxista!".

Pobrecito.

–¿Y vos qué gritarías, Miguel?

–Nada. Pero les diría: si ustedes me llevan por montonero están en pedo. Yo me enfrenté a los montoneros antes que ustedes. Desde el peronismo, claro.

–De qué peronismo.

–Del mío. Que no sé cuál es, pero nunca fue el de Firmenich.

ÚLTIMO MOMENTO: SOMOS TODOS ASESINOS

Sin embargo, el día del amasijamiento de Rucci, la Orga bajó una frase que cubría a todos: "Fuimos nosotros".

De pronto, una decisión ajena, una decisión en la que nada tenían que ver, que se había tomado sin consultar a nadie, los transformaba a todos en asesinos. Porque cada uno que escuchaba el "fuimos nosotros" traducía: "Fui yo". Más aún: era precisamente eso lo que se buscaba. Pero si uno decía "fui yo" debía también decir: "Yo maté a Rucci". En suma, "soy un asesino". La sensación no sólo era extraña, sorprendente o incluso –y tal vez sobre todo– inverosímil. Se sentía miedo. No a nada concreto. No a una represión feroz. Miedo a que la identidad de todos y de cada uno se pudiera trazar desde afuera. Miedo a estar en manos de una conducción que te daba una identidad sin consultarte. Que tomaba decisiones trascendentes en medio de una soledad de elegidos, casi de dioses. Da miedo saber que lo que uno es se decide en otra parte. Que tu destino no es tuyo. Que no sos dueño de elegir lo que querés ser. Que lo lees en el diario o lo ves en la tele o te lo dice un compañero porque son otros los que eligen por vos. ¿Y si esos otros están locos? ¿Y si mañana lo matan a Perón? ¿Vamos a ser "nosotros" también? ¿Y si se desata una represalia sangrienta? ¿Sobre quiénes va a caer? ¿Sobre esa *conducción mítica*, que nadie conoce, que se escuda en la clandestinidad? No, sobre los pelotudos de superficie. Sobre Horacio, que tiene una Unidad Básica. Sobre Nicolás, que se mueve en el peligroso ámbito sindical. Sobre Miguel, que maneja su grupo desde su mítica librería, *Cimarrón*. Sobre Domingo Bresci, que forma parte de los Sacerdotes del Tercer Mundo. Sobre Carlos Mugica, sobre Ortega Peña. Sobre los médicos de las comisiones internas hospitalarias. Sobre todos los que andan a la luz del sol. Que no viven en la clandestinidad porque no quieren, no pueden y no serían útiles ahí. En cambio, los que deciden por nosotros, los que matan en nuestro nombre son inhallables. Son ajenos a las represalias. Que se descargan sobre los compañeros de superficie porque están ahí, a la mano, regalados. Regalados porque –ante todo– los regaló la conducción al justificar la represalia, al darles un motivo a los vengadores, a los justicieros, acicateando su furia. Bastará con releer una vez más la *Carta* de Walsh a la Junta Militar para comprobar hasta qué punto la *represalia* forma parte de la modalidad operativa de la contrainsurgencia. Siempre me irritó (y voy a desarrollar ampliamente el tema) la irresponsabilidad, la insensatez con que la Orga llevó a cabo operativos destinados al fracaso sin tener en cuenta que los mismos habrían de condenar a los que estaban a mano para la represalia. Después de cada operativo los torturados eran más torturados, los que "por ahí" se salvaban morían al día siguiente, muchos a los que se había decidido no chupar eran chupados, presos que estaban a punto de zafar o de ser olvidados o blanqueados, puestos a disposición del PEN, eran salvajemente arrancados de sus cubículos, asesinados en cualquier descampado, puestos en pila y dinamitados, hechos pedazos, trizas, algo que los tornaba inidentificables.

Nadie quiere ser un asesino. Nadie tiene por qué estar preparado para serlo. No había necesidad de tirarle a la juventud el cadáver de Rucci. La Orga podría decir: "No se hagan los ángeles. Casi no hubo acto en que la militancia no pidiera la muerte de Rucci. Que le pasara lo que le pasó a Vandor". Falso. Ésa era una consigna. Si la juventud pedía esa muerte resultó claro que no la quería. En un acto se puede vocear multitudinariamente algo que no se desea que suceda en la realidad. "Sucede" en el acto. El "acto" es un ámbito mítico. Se expresan deseos. Se expresan proyectos. Se pide por el socialismo. Por la toma del poder. Se amenaza a medio mundo. Se pide paredón "para todos los traidores que vendieron la nación". Pero no hay una linealidad entre el "acto" y la realidad: pertenecen a condiciones ontológicas distintas. Además, cuidado: ¿de dónde venían las consignas? No surgían "espontáneamente" de la militancia. Había *responsables* de cada grupo, de cada barrio, de cada cuadra, de cada unidad básica. Tengo un gran amigo que fue responsable de un sector de un barrio. Con tristeza (en medio de una inmensa, lúcida autocrítica), suele decir: "Al final me fui del barrio. Era el responsable. Pero casi quedaba yo solo. Se habían chupado a

todos. Era responsable de nadie". Los responsables tenían contactos más cercanos con la Orga. Y eran los que –más que a menudo– pasaban las consignas a la militancia. Ya hablaremos –en rigor, ya hablamos– de la fascinación de la militancia por la violencia. Recordemos la charla de Paco Urondo en Arquitectura acerca de cómo se cargaban las armas. Era parte de la época. Y fue también un embrujo, una seducción que se pagó cara. Pero eran los embrujos de los tiempos: Cuba, el Che, Vietnam, Giap, la teoría del foco, la vanguardia armada, etc. Como dije, todo eso se pagó muy caro. Ningún error salió barato. Se pagaron todos al más excesivo de los precios, el de la vida.

Y también –volviendo a Rucci– se sentía bronca, impotencia. Carajo, si quiero ser un asesino quiero decidirlo yo. No que me lo anuncien como una noticia más de la jornada.

A Nicolás Casullo –también a él– ese "fuimos nosotros" lo había piantado.

"Nicolás estaba empezando a desesperarse:

"–Hablemos en serio, no interrumpan. Ya no hay chiste en nada de esto, ni siquiera para disimular la consternación. Así que Perón gana, y matamos a Rucci. Somos JTP. ¿Esa es nuestra nueva política sindical de liberación? (...) Nosotros somos peronistas, no somos como los loquitos del ERP que se meten adentro de un cuartel para profundizar las contradicciones; si caemos en esa trampa esto va a terminar muy mal, che, un desastre.

"Esa noche Nicolás estaba entre indignado y descorazonado y después, en su casa, se pasó horas escribiendo un largo texto donde se preguntaba por ese 'nosotros' que, de pronto, se le había hecho ajeno, sospechoso. Por primera vez, el nosotros del que formaba parte actuaba con una voluntad que él no podía entender ni compartir" (Anguita-Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 324).

JOSÉ LUIS NELL: SE VIENE LA JOTAPÉ "LEALTAD"

José Luis Nell estaba entre los que más repudiaron ese asesinato. En Ezeiza no pudo haber sido peor su suerte. Venía con la columna sur, con los 60.000 militantes que descontrolaron a los asesinos del palco y los llevaron a hacer fuego a diestra y siniestra con sus armas sofisticadas, las que "entraron con López Rega", según me dirá ese mercenario un poco de utilería en esa filmación de 1985. Lo hirieron y nada se pudo hacer. No murió, pero quedó cuadripléjico. Algo que él no podía tolerar. Habrá, finalmente, de suicidarse ayudado por su entrañable amigo Cacho El Kadri. Durante los días cercanos al asesinato de Rucci, El Kadri se encuentra con la compañera de José Luis, Lucía Cullen, Le dice que quiere hablar con él. Finalmente se ven. José Luis le cuenta que Marcos Osatinsky "había dicho que 'si nosotros le ponemos a Perón un cadáver arriba de la mesa, el Viejo no va a tener más remedio que negociar con nosotros'. A José Luis le parecía un error gravísimo, una catástrofe, y ahí se profundizaron sus desacuerdos con los Montoneros.

"–No se pueden hacer estas acciones en este momento. Es una locura total. Justo cuando el General acababa de arrasar en las elecciones, además" (Anguita y Caparrós, *ob. cit.*, tomo III, p. 327).

José Luis habrá de contribuir a la creación de la *Jotapé "Lealtad"*, que surge como corolario del amasijo de Rucci. Fue –aunque no sirvió para casi nada– la expresión más sólida de la disidencia. Una apuesta a no resolver los enfrentamientos por medio de la muerte. Qué lejos estaba este José Luis Nell del otro, el del pasado, el que había hecho fuego a ciegas en el asalto al Policlínico Bancario. Los años, el dolor, la pérdida de amigos y la cercanía de su propio fin, lo llevaban a entregarle a la vida un valor esencial en el trazado de cualquier política.

"OPERACIÓN TRAVIATA" Y LA TEORÍA DEL "EMPATE"

Nos restan temas fundamentales en torno de Rucci. Los ideólogos de la derecha procesista (que los hay y a montones, confesos o no) han encontrado en la aparición del libro de un periodista de la Editorial Perfil, Ceferino Reato, una luz de esperanza para ciertos planes que tienen. El libro de Reato, que está bien, es de 2008 y lo publicó Sudamericana, busca demostrar que a Rucci lo mataron los Montoneros, algo que todos saben o dicen que saben pero nadie consiguió probar ni creo que lo logre. El intento de esta derecha procesista se expresa en lo que se denomina la "teoría del empate". Se trataría de obtener que la Justicia considere como delitos de lesa humanidad no sólo a los cometidos por el Estado, sino también a los cometidos por grupos civiles. Los delitos de lesa humanidad no prescriben. De aquí que el "maléfico" gobierno de Cristina Fernández continúe juzgando a gente tan sensible y humanitaria como torturadores, curas asesinos, abogados que presenciaban torturas y militares que arrojaban personas vivas desde los aviones. Todo eso que todos saben. Se trataría entonces de conseguir que se encuadren como delitos de lesa humanidad a los de la guerrilla argentina. Sobre todo, los Montoneros. Porque lo que subyace a esto es que... los Montoneros hoy gobiernan la Argentina. Mentira que se lee a diario en los más prestigiosos diarios del país, que se dice en las radios y que periodistas que responden fielmente a sus patronales discuten en programas televisivos. Si los delitos de los Montoneros se tornaran no prescriptibles –como los cometidos desde el Estado–, la derecha podría arrojarse sobre ciertos funcionarios del actual gobierno y llevarlos a juicio. Algo que no le importó con los montoneros que pulularon en los gobiernos de Menem y Duhalde. No en vano la tapa del libro de Reato está deteriorada por una frase del periodista Joaquín Morales Solá, hombre que, desde hace ya casi siete años, escribe todos los días notas contra Néstor Kirchner, principalmente, y Cristina Fernández también. A quien llama Cristina Kirchner porque la considera un ente muñecoide manejado por el demoníaco ventrílocuo Néstor K. La frase de Morales Solá afirma lo que sigue: "Quizás sea impolítico ahora investigar el crimen de José Rucci en tiempos en que no se habla de los crímenes de la organización Montoneros". Me apena que Morales Solá desconozca por completo el esfuerzo que he emprendido desde noviembre de 2007 buscando trazar una filosofía política del peronismo. Caramba, un periodista debiera informarse. Si lee esta entrega (la número 106) verá que me ocupo intensivamente del asesinato de Rucci. Que vengo analizando (pero no desde la derecha procesista, no para buscar el empate que blanquee los horrores de la dictadura que muchos, en el fondo, siguen admirando) esa violencia de las guerrillas con tanto rigor y hasta tanta pasión que me he ganado el odio de Mario Firmenich y de sus parientes. Quienes, en la revista *Repensar: visión y proyección de la experiencia montonera*, responden a lo que interpretan como una agresión de la peor especie. La nota se llama: *Respuesta de los militantes montoneros ante la agresión calumniosa de José Pablo Feinmann contra Mario Eduardo Firmenich*. Qué cosa, y pensar que algunos cortos de luces me llaman el "filósofo K". (¿Qué será la filosofía K?) ¿Cómo va a ser el filósofo de un gobierno de montoneros alguien que es odiado por los montoneros? Para mí, que éste no es un gobierno de montoneros. Porque en casi siete años no tienen ni un solo finadito. Al contrario, les reprochan que no maten a todos los "negros" delincuentes. Sucede, tal vez, que Morales Solá vive tan neuróticamente obsesionado por "los Kirchner" que no tiene tiempo de leerme, además de no enterarse de nada de lo que escribo. Bien, no: es otra cosa. Morales Solá quiere decir que los K no quieren hablar "de los asesinatos de la Organización Montoneros" porque ellos son Montoneros. Se incluye, de este modo, dentro de la estrategia de demostrar que éste es un gobierno de subversivos vengativos y que, no por otro motivo, juzgan a personas que sólo estuvieron al frente de campos de concentración o confesaron a quienes habían arrojado seres humanos al Río de la Plata. Morales Solá debiera leer a José Amorín, que fue uno de los fundadores de Montoneros y participó en un montón de operativos, y publicó, en 2006, un libro llamado *Montoneros: la buena historia*, en el que critica a fondo a la Orga y se dirige *directamente* a Firmenich. El capítulo se llama "Si Firmenich se hubiera dedicado a tocar la flauta". Más crítico no puede ser. ¿Por qué no lo critican a Amorín los familiares del gran estratega de las contraofensivas? ¿Por qué no advierte Morales Solá que son muchos, muchísimos los que analizan los años setenta y lo hacen en la modalidad de la autocrítica? Puedo jurarlo: el libro de José Amorín es ejemplar. Por otra parte, es de esos tipos que, aunque a veces no le gusten mis críticas, las respeta porque sabe que yo trabajo de buena fe. De esta clase hay muchos.

Además, los procesistas encubiertos, ¿qué empate buscan lograr? No hay "empate" posible. El mismo autor del que quieren valerse lo dice muy claramente, desautoriza esos emprendimientos mezquinos. Refiriéndose a la "teoría de los demonios" (que los Montoneros utilizan para bloquear toda crítica), Reato escribe: "Aclaro, por las dudas, que estoy en contra de esa teoría porque la barbarie del Terrorismo de Estado, de la dictadura, no puede ser equiparada con nada" (Ceferino Reato, *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 288). ¿Está claro? El autor del mismo libro que buscan utilizar para la teoría del empate se los dice con todas las letras: eso que ustedes buscan equiparar con los crímenes de los Montoneros no puede ser equiparado con nada.

Eric Hobsbawm es el más grande historiador del siglo XX. Es un hombre calmo, casi un hombre sabio. Tiene un equilibrio único para leer la historia, para juzgar con cautela o con severidad, pero siempre excepcionalmente documentado. Sobre los años setenta (sobre la represión que, desde el Estado, se descargó esos años sobre grupos o personas opositores y civiles) escribe: "Fueron la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente. Este fue el período más negro registrado en la historia moderna de tortura, de 'escuadrones de la muerte' teóricamente no identificables, de bandas de secuestro y asesinato en coches sin identificar que 'desaparecían' a la gente (y que todo el mundo sabía que formaban parte del ejército y de la policía, o de los servicios armados y policíacos de inteligencia y seguridad que se independizaron virtualmente del gobierno y de cualquier control democrático), de indecibles 'guerras sucias'" (Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, p. 444). Y por fin, Morales Solá, vea, le hago un regalo inesperado. En el mismísimo diario en que usted escribe –que suele ser más democrático que la intención secreta o manifiesta de sus notas–, un escritor de derecha, alguien que tal vez ande diciendo durante estos días que hay que sacarse de encima cuanto antes a este gobierno de subversivos o tal vez no, tal vez me equivoque y haya optado por algo más digno, alguien que escribió sobre Eva Perón y el Che, Abel Posse, describió como sigue al gobierno de los desaparecedores: "Adoptaron la doctrina de la 'tortura técnica', rigurosamente limitada e informativa, para desarticular la organización de las células de acción. (Se sabe que la pretensión 'técnica' termina invariablemente en abuso, sadismo y la degradación, tanto del torturado como del torturador. Basta considerar lo que está pasando en Irak.)

"Se estableció una represión legítima frente al alzamiento, pero ejecutada por usurpadores y por medios ilegales e inconfesables (...) Se utilizó y se reglamentó un recurso usado por Francia en Argelia y ahora en auge en países que creen integrar el Eje del Bien" (Abel Posse, *Consagración de la muerte*, publicado en *La Nación* del viernes 24 de marzo de 2006, a 30 años del golpe militar genocida). ¿De qué empate quieren que hablemos? ¿Con qué creen empatar eso que nada menos que Eric Hobsbawm llama: *la era más sombría de tortura y contraterror de la historia de Occidente*?

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (II)